

Jacobo Nazaré

Pacheco Altamirano, pintor de puertos



A pintura no debe enseñarse. La técnica viene por intuición y se perfecciona en la práctica». Estas palabras que pudieron haber sido pronunciadas por Gauguin frente a sus Vírgenes de Tahití, abigarradas de luz y colorido selvático, pertenecen a nuestro «pincelista» (como le dicen los vaporinos y cargadores de los muelles de nuestro litoral), Arturo Pacheco Altamirano. Contemplábamos uno de sus motivos de puerto, llevado de la retina al lienzo, en su taller del Pasaje Matte. Las caletas y barcos bullen en su mente de colorista, y sus pinceles van extendiendo sobre la tela la refracción luminosa del agua, de los velámenes, de los mástiles, de las chimeneas humeantes y hasta de la propia sombra; porque Pacheco Altamirano lo invade todo de luz. «La luz está en la atmósfera y todo tiene luz, incluso la sombra» —me dice mientras está pintando la trans-

parencia de una nube—. «No tengo predilección por ningún color; porque según los temas, aparecen los colores; maestra y guía de todo es la naturaleza».

Comprendí que hablaban los veinte años del pintor caletero, a quien he encontrado en mis andanzas a lo largo de la costa, confundido entre la gente de mar. Sus declaraciones provienen del apremio en que lo he puesto para que me descubra el secreto de su técnica, ya que no podría revelar el misterio de su genio. No ha perdido un minuto de su tiempo en divagaciones; no ha reconocido fila en los grupos de pintores, ni ha sido miembro de determinadas escuelas pictóricas, ni podría reconocer maestros nacionales ni universales a que hubiera sometido su vocación, que ha sido incontenible. No se advierte en su pintura una receta aprendida y mucho menos ha sentido la obligación de alterar sus procedimientos con deformaciones de las numerosas tendencias que lo han alcanzado en su trayectoria. Ha estado trabajando a cabeza gacha, dejando resbalar sobre su epidermis lo que es exterior y epidérmico. Es absolutamente personal. No hay influencias, que seguramente habrían sido perniciosas. Hay mucha gente del gremio enojada con él. Si Pacheco Altamirano, con las condiciones que tiene, hubiera captado las tendencias de la época—dicen—su pintura habría volado muy alto. Y la caída—pienso yo—habría sido también de mucha altura, porque el tiempo perdido en aquellos ensayos actualistas, no se recupera jamás, no pudiendo recuperarse, como ocurre con la mu-

jer, la virginidad; en este caso la virginidad que es indispensable a la obra de creación, que debe reunir las características de un engendro del Espíritu Santo. Ha podido mantener así la unidad y el estado de gracia de una personalidad fuerte e indestructible. Ni el «parecido» a otro debilita en lo más mínimo la textura de su obra. Los afanes comparativos de la crítica se han estrellado siempre con esta unidad y exclusividad de su obra y ha sido menester someterse a un reconocimiento unánime de su personalidad. Un cuadro de Pacheco Altamirano no se parece en nada al cuadro de otro pintor y mucho menos a los de una legión de pintores, cosa común en estos tiempos en que hasta el arte se ha hecho gregario. Dentro de su actividad, Pacheco Altamirano, ha sido un solitario incorregible. Sus expansiones humanas, han tenido un escenario ajeno al de la pintura. Han sido el legítimo descanso después de meses de labor. Ha buscado siempre el contacto con hombres de actividad diversa a la suya: escritores, periodistas y gente sencilla de los puertos; las mujeres han jugado un papel importante en su distracción, no pudiendo llegar a tener un rol en su abstracción sentimental. En estas salidas a recreo suele vérsese en grupos de amigos frente a otros tantos vasos de «bon vino», sin que esto le haya producido complicaciones que vayan más allá de un simple pelambrijo doméstico. En esta ruta, al margen del lienzo, ha caminado junto a las figuras intelectuales más destacadas de su tiempo y recuerda con emoción las

manifestaciones de admiración y cariño de los hombres de mar. Después de consagrarse en el óleo del sentimiento humano, regresa a los puertos de su litoral, que ningún pintor de los nuestros descubriera antes ni después de él. Y pinta allí con una agilidad asombrosa. Así lo exige el movimiento portuario. Los barcos entran y salen, las aguas y las anclas están en constante movimiento. El mar es el único que le espera con su transparencia verde, como una masa escenográfica aliada con el cielo. Los muelles también están allí aguardando a los lanchones que deben incorporarse a las telas en una gama de colores vivos. Y si es una navegación fluvial, sus pinceles interpretan la luz de un ensueño reflejada en el espejo de las aguas quietas.

El color y la luz de sus cuadros ha desbordado en cincuenta exposiciones realizadas por este trabajador formidable, en Chile y en el extranjero. Hay telas suyas en todos los países del mundo, llevadas por diplomáticos e intelectuales que han permanecido o pasado por nuestras tierras, y su obra es la mejor cotizada en el país. Y hay que imaginarse los prejuicios artísticos que el peso de su fecundidad ha tenido que vencer a fuerza de una calidad que ha llegado a ser irrefutable. Pacheco Altamirano es un triunfador en toda la línea. No forma parte de los «incomprendidos» y si existiera la coronación en vida para los pintores, la tendría sobradamente ganada.

He dicho que Pacheco Altamirano no podría revelar el misterio de su genio. Pero creo tener dos ele-

mentos en mi mano para dar de ello una idea aproximada. Uno es, la visión de aquel muchachito de humilde carácter en el aula de una escuela primaria de Chillán, elegido por el profesor Ibacache para que ilustrara en el pizarrón los cuentos que él narraba a sus alumnos. El otro, es la peregrinación de una familia que cruza sobre los cerros de Talcahuano y tiene que detener su marcha apresurada de recién llegados, para esperar a que el menor de los hijos termine de contemplar la visión del mar que le ha dejado anonadado. Es una noche de luna y, por entre los árboles, el muchacho ha divisado la majestad del océano, produciéndole la más fuerte impresión de su vida hasta hoy. Su padre lo toma de un brazo y le dice: «Mañana podrás ver de cerca el mar, es preciso que lleguemos pronto a la casa». Al día siguiente, Arturo baja de madrugada al puerto y toma los primeros croquis en la caleta de pescadores. Su padre examina estos apuntes y lo alienta en su obra. Había empleado lápices de colores y había encontrado esa luz que perfecciona en su obra. Desde entonces no se ha apartado más de la línea de las mareas, enriqueciendo cada vez su paleta, y dando forma a su intuitiva genialidad.

Sería fácil citar los conceptos unánimes con que le ha consagrado la crítica de Chile, en Buenos Aires y en Lima, que están abonados por las obras adquiridas para los Museos de estos países; pero prefiero haber dejado correr la pluma mojada en el conocimiento directo que me ha sido posible tener de la vida y obra de este compatriota que me enorgullece.